



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 5.º

JUEVES 2 DE ABRIL DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

JUEVES SANTO.—AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO, DEL HOMBRE FLACO Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO: (traducción del inglés), (Continuación), por Jorge Augusto Sala.—EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA, cuento, traducido directamente del ruso. (Continuación), por Nicolás Gogol.—LOS VIAJES DE LAS CODORNICES, (Conclusion).—EL MAL APÓSTOL, por Angel Lasso de la Vega.—CONOCIMIENTOS INDUSTRIALES: Aplicación de la fotografía á la copia de planos.—REVISTA ESTRANJERA.—ACTUALIDADES.

JUEVES SANTO.

Siempre ha sido el Jueves Santo uno de los mas solemnes dias de la Iglesia, por los grandes misterios que se obraron en él. Los griegos y los demás pueblos del Oriente lo llamaban por honor el dia de los Misterios. En él se celebra el misterio de la humildad y abatimiento de Jesucristo en el lavatorio de los pies: el de su amor incomprensible á todo entendimiento criado en la institucion de la Eucaristía, y del sacerdocio sagrado de la nueva ley. Su oracion misteriosa, que fue como su primera oblacion, su sangrienta agonia en el huerto, que fue como el preludio de su pasion; y su voluntaria prision, que fue la primera escena de ella. Pero el objeto principal de la fiesta del Jueves Santo, es la institucion del misterio de la Eucaristía: esta fiesta comenzó con la institucion de este augusto Sacramento; y puede decirse que su celebridad es tan antigua como la Iglesia. Hasta el duelo y la tristeza en que está la Iglesia en estos dias consagrados á la pasion, cedió, por decirlo asi, desde entonces al regocijo espiritual en que parece consistir la verdadera nocion de esta fiesta. Suspende tambien hoy la Iglesia su duelo en la celebracion de la misa, por el color y la magnificencia de los ornamentos, y cantando el cántico: *Gloria in excelsis*. Hasta el rigor del ayuno de la Semana Santa se mitigó desde los primeros siglos, á

causa de la solemnidad de este dia, permitiendo hacer la comida despues de nona, como en los ayunos menos rígidos. La fiesta del Jueves Santo trajo mucho tiempo la obligacion de no trabajar; y esta obligacion se hubiera continuado si la Iglesia no hubiera trasladado la fiesta del Santísimo Sacramento, del Jueves Santo al jueves despues del domingo de la Santísima Trinidad, con el fin de hacer esta fiesta todavía mas solemne. El concilio de Tréveris, tenido en 549, redujo la fiesta del Jueves Santo á la clase de las medio fiestas, es decir, de aquellas en que la mañana está destinada al servicio divino y á los demás ejercicios de devocion, y despues de medio dia se le permite al pueblo que pueda trabajar. La costumbre mas comunmente recibida el dia de hoy, es dejar la fiesta á la devocion de los particulares, recomendándoles la asistencia á los oficios divinos, y que visiten despues de medio dia las estaciones con aquel espíritu de religion y con la devocion que pide un ejercicio de piedad tan santo y tan útil.

Por mas solemne que fuese la fiesta de la institucion de la adorable Eucaristía, que es lo principal de la celebridad del Jueves Santo, ha juzgado despues la Iglesia, que esta gran fiesta pedia otra solemnidad, que la de un dia en que la Iglesia empleada en llorar la pasion del Salvador, mezcla su duelo con el gozo espiritual que ofrece desde luego la fiesta; y así á mitad del siglo XIII juzgó á propósito trasladar á la fiesta particular del Santísimo Sacramento, del Jueves Santo, al jueves despues de la octava de Pentecostés, para celebrarla con toda la magnificencia y solemnidad que pide un misterio que hace nuestra dicha, que encierra en sí el principio y la fuente de todas las gracias, y que puede llamarse el tesoro de nuestra religion.

Una de las principales ceremonias del Jueves Santo es el lavatorio de los pies. Habiendo dicho Jesucristo á sus discípulos que si él les lavaba los pies, siendo su Señor y su Maestro, tambien ellos debian lavarse los pies unos á

otros, se ha tomado siempre esta órden como un mandamiento de humildad, y como una leccion digna de observarse á la letra. Los primeros cristianos se hicieron de ella una ley de caridad respecto de los huéspedes que recibian, á quienes jamás dejaban de lavar los pies inmediatamente despues de su llegada. La misma práctica se conservó aun mas religiosamente en los monasterios. La Iglesia, no queriendo dejar abolir una costumbre de tanta edificacion, creyó debia hacer de ella una práctica reglada, la que redujo á sus principales ministros, como quienes tienen mas particularmente el lugar de Jesucristo por su órden y grado de superioridad. Establecióse, pues, la costumbre de que así como el abad ó el prior lavaba los pies el Jueves Santo á todos los religiosos, á ejemplo de Jesucristo, así el obispo ó el que hace cabeza del cabildo los lavase á todo el clero; pero aumentándose todos los dias el número de este, se redujeron á doce, que era el número de las personas á quienes el Salvador lavó los pies. El sumo pontífice, como vicario de Jesucristo, ha mirado siempre esta santa ceremonia como una obligacion de religion en cierto modo indispensable. Lava, pues, los pies á doce pobres sacerdotes, á cada uno de los cuales da despues una crecida limosna, y los despide tan edificandos de un tan gran ejemplo, como prendados de su caridad. En Narbona, cada canónigo lava los pies á doce pobres, los que á veces llegan á doscientos. Como la accion de Jesucristo no era un acto de sacerdocio, los legos se han creído con tanto derecho de imitar el ejemplo de humildad que les dió este divino Salvador, como los papas, los obispos y los religiosos. Las personas mas calificadas, los reyes y los emperadores han mirado como una obligacion que los hacia honor, el lavar en este dia los pies á doce pobres, y servirles ellos mismos á la mesa, despues de esta santa ceremonia, y además darles una crecida limosna, con la que siempre acompañan este acto de humildad. Las mas grandes princesas

no ceden en devoción ni en liberalidad á los mas grandes monarcas en esta edificante práctica de religion: se ven en este día las reinas y emperatrices lavar los pies á doce pobres mujeres por el mismo motivo de devoción y religion.

AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO,

DEL HOMBRE FLACO

Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO.

(TRADUCCION DEL INGLES)

(CONTINUACION.)

—El mayor parecia un buen compañero y un caballero completo, dijo el astuto hombre gordo.

—Hubiéramos podido almorzar con la belad, exclamó el hombre de la caja de hierro á quien la aniseta (aunque negaba haberla bebido) habia hecho sentimental.

Era un hermoso día de Rotterdam, un día ardiente en que el cielo estaba azul y el sol brillante y en que cantaban los pájaros; nuestros viajeros tenian dos horas para examinar «la Venecia vulgar.» Habian tenido la prudencia á mi parecer, de no traer guías de viajeros, ni itinerarios de ninguna clase (escepto el hombre flaco que llevaba cuidadosamente guardadas una coleccion de tarifas de los buques de vapor y las estudiaba en el silencio de la noche mientras los demás dormian) y declinaron rotundamente los servicios de un *cicerone*. Tomar un guía bien sea un hombre ó bien un libro, cuando estais sano de espíritu y de cuerpo, dijo con profunda filosofía el hombre gordo, seria tan absurdo como si un caminante quisiera poner dos piernas de madera en sus sanas rodillas.

No me propongo seguir paso á paso á estos tres sabios en sus peregrinaciones, pero creo que el mejor modo de dar á conocer sus diversas opiniones sobre Rotterdam, es citar los extractos escritos por ellos que han venido á mi poder y que son unas especies de memorias.

«Rotterdam sobre el Rhin, el Meuse y unos quinientos rios mas, segun debó deducir de la humedad de su suelo, es un punto muy bonito, alegre, extraordinario, lleno de quesos y viejo. (Esto es á lo menos lo que creo que dicen las notas del hombre gordo llenas de dibujos relativos á lo que habia visto.) Por la multitud de canales y barcos sobre ellos ha sido llamado una «Venecia vulgar.» Tiene puentes triangulares con mujeres corpulentas y niños robustos que pasan sobre ellos; barcos como los juncos chinos con velas en forma de abanico; tejas de porcelana con adornos azules; grandes jarrones en las puertas de las casas; abundancia de tiestos y objetos de marfil, abanicos, ajedreces, plumas de colores y telas de seda en los escaparates de las tiendas. Los puertos están llenos de cajas de té y vasijas de barro de las formas y colores mas extraños; allí se ve la mezcla mas extravagante del elemento japonés, combinado con los quesos del país, con los arenques y con la pipa de barro que caracteriza á este pueblo de muchas espaldas. Todo está tan limpio fuera de las casas que induce á creer que las tejas de los tejados son fregadas diariamente y que los gatos se ven obligados á lavarse las patas, bajo multas muy severas, para andar por los tejados. Los caminos (cuando los hay) tienen puestas las piedras como en los escalones de las puertas; los barcos en los canales están barnizados; las persianas de las ventanas pintadas de verde siempre nuevo; los muelles de los puertos lavados con agua y jabon; las mercancías frotadas con gamuza para darlas brillo; las velas de las chalupas y de las galeotas lavadas, almidonadas y planchadas cada media hora. Ahora es cuando puedo comprender el sermón del sacerdote holandés que decia á sus oyentes que los cielos eran un país llano con

una multitud de diques, canales, molinos de viento, pastos y pabellones y donde no habia que hacer nada mas que lavar, limpiar, barnizar y quitar el polvo eternamente. Despues de ver este ejemplo de la limpieza de Rotterdam querria ver el limpio pueblo de Broek, donde dicen que en las esquinas de las calles hay escupideras de metal bruñido para los fumadores y donde las vacas llevan las colas atadas con cintas azules. Y sin embargo, á pesar de su vasto comercio se dice que Rotterdam es la mas miserable de las ciudades de Holanda. Por el poco tiempo que he estado allí no puedo juzgar de su limpieza interior, pero daré detalles mas amplios cuando pasemos de vuelta, pero por el ejemplo que nos dió el comedor del hotel Van Dunk, temo inclinarme á la opinion de que los sepulcros holandeses deben estar muy bien blanqueados. Además, allí se siente el olor del pescado, del tabaco y del queso, mezclado perpétuamente con el del cieno de los canales, que puede asegurarse que no es de ambrosia. Los holandeses son gente de cabeza gruesa, aficionados á llevar gorros; de expresion estúpida y de andar lento. Ya sabeis que el elegante belga es una pesada y mala imitacion del de París; pues bien, el elegante holandés es un cincuenta por ciento mas pesado y de peor gusto que el de Bélgica. Los jóvenes holandeses tratan de dejarse el bigote y hacen deplorablemente mal; pero salen mas airosos en su aficion á dejarse las patillas, las cuales llegan á tener el tamaño y el color de una pata de cordero. Las mujeres holandesas son altas, pero graciosas, gruesas y afables. En cuanto á los niños holandeses diré que parecen tener cien años el día que nacen; aprenden la filosofía cuando toman la papilla y pronuncian discursos sobre la moral cuando están en la cuna; no he reparado si los niños de pecho fuman ya en pipa, pero los he visto de cinco y seis años fumando estos calumets de paz cuando van á la escuela. A decir verdad, creo que la privacion del tabaco es uno de los castigos mas severos del código penal de los holandeses de pocos años. Estos niños son los mas graves, los mas reposados, los mas solemnemente risibles que he visto jamás; no son melancólicos, ni taciturnos, sino puramente serios; están preocupados con pensamientos de especulaciones vastas, esperando con ansia las noticias mercantiles de las Indias holandesas y se inclinan ante la adquisicion sobrehumana de las muñecas holandesas. He hecho un ligero bosquejo de uno de estos sabios liliputienses y puedo asegurar su fidelidad; el lector, si le viera, tendria ocasion de conocer que no he exagerado la sobriedad de estos pequeños filósofos. Tendria mucho gusto en poder decir algo mas de Rotterdam, pero el diabólico olor de los arenques, del queso y del tabaco, me producía una sensacion de tal clase, que me ví obligado á salir y...»

Aquí terminaba bruscamente la relacion del hombre gordo y despues de la última palabra se veia en el papel una pequeña quemadura que parecia debida al contacto de un cigarro encendido juntamente con una extraña mancha redonda, de un color algo mas oscuro que el papel y que parecia producida por algun líquido extranjero.

«Rotterdam, escribia el propietario de la caja de hierro en su estilo descuidado, puede considerarse como una gran pipa. El pueblo fuma, las chimeneas echan humo y por todas partes tubos de toda clases de formas y de longitudes emiten densas columnas de humo; figuraos que en un día húmedo los caballos, los perros y hasta las orillas de los canales, echan humo tambien. Estoy acostumbrado á fumar los mejores cigarros que se pueden obtener por dinero ó por relaciones; y como cigarros tan buenos es casi imposible lograrlos fuera, determiné al desembarcar en Rotterdam dejar los cigarros por toda esta estacion y me dirigí á una tienda de pipas de mar. Entré en una tienda que hay detrás de la iglesia mayor y dije que queria ver una pipa. En mi vida he visto una tienda semejante. Pare-

cia que diez mil pipas habian sido almacenadas allí. Chibouques, narghilés, pipas de cerezo, con boquilla de ámbar, pipas de porcelana con vistas de Suiza, pipas hechas de nueces de coco, pipas de espuma de mar verdaderas y falsas, pipas de Saint-Omer, pipas blancas, encarnadas, azules y de todos colores, estaban colgadas del techo, colocadas en los rincones como las *fascas* de los lictores romanos, cubriendo el mostrador y el suelo y metidas en cajas y cajones ocupando la tienda entera, sin dejar ni una pulgada para andar. Pedí una pipa de espuma de mar y el cuadrado propietario (que hablaba un poco de francés mezclado con holandés puro), levantó una tras otra, una multitud de ellas; escogí una de recipiente pequeño, con el canuto de ébano, por la que me pidió cinco francos. En esta ciudad de pipas, se toma toda clase de monedas de todos los países. Podria decir algunas cosas acerca de Rotterdam, una de las cuales es que la creo una ciudad muy limpia. El gasto que se hace en ella de escobas, palas y cubos, debe de ser enorme. En mi camino para ir á comprar la pipa he visto los soldados holandeses que son muy gordos y de aspecto pacífico; la mayor parte de los oficiales subalternos son mártires de la loca manía de apretarse el cinturón para tener un cuerpo tan delgado como el de una avispa. Por último no debe decirse de modo alguno que Rotterdam es una Venecia vulgar ni de ninguna clase. Hay una ciudad muy mala en el Norte y cuyo nombre no quiero citar, que se halla medio en Ingria, medio en Carelia, que con sus anchos canales, sus aguas de un azul claro, sus alegres góndolas y los magníficos palacios destruidos que ciñen sus muelles, es la mayor y peor imitacion de Venecia en el mundo; pero hacer, ni aun en cien leguas, una comparacion entre esta ciudad de queso, de manteca y de tabaco y la reina del Adriático es insultar á esta última, á esta ciudad de las aguas decaida y triste, pero aun agradable, maravillosa en su miseria y bella en su lenta agonía, cantada por Byron y pintada por Turner.»

Se supone que el hombre flaco habia hecho una descripción muy detallada de Rotterdam, y sus compañeros suponian que seria estética, económica y moral; pero se negó rotundamente á que fuera vista del público, ni aun de sus dos amigos. Se cree, sin embargo, que esta memoria contenia algunas observaciones curiosas con respecto de la iglesia mayor, edificio calvinista de una estension inmensa, blanqueado por dentro, con un tejado de madera y cubierta por dentro de lápidas oscuras para perpetuar la triste memoria de holandeses ya difuntos, pertenecientes al alto clero, almirantes, burgomaestres, hombres vaciados en un molde mas fuerte que los pacíficos comerciantes del día; hombres del tiempo de Guillermo de Orange y de Juan de Witt, de cuando Van Tromp recorria los mares llevando una escoba en su palo mayor. Ingleses vanidosos que os vanagloriais de haber tenido á los escoceses en el Louvre y á los guardias en los Campos Elíseos, acordaos que Pablo Jones ha estado en el estrecho de Forth y los holandeses en el Medway.

Se cree tambien que el hombre flaco tenia que decir algunas cosas muy oportunas acerca del museo de pinturas de Rotterdam que está en un ancho edificio de mucha estension y que contiene una coleccion considerable de cuadros holandeses, aunque si se exceptúa un hermoso retrato de una mujer de cabellos rubios pintada por Rembrandt, ninguno de ellos pertenece á una clase muy elevada. Hay tambien algunos cuadros que se pretende que son italianos, los cuales son tan execrables, como grotescos y varios grabados insignificantes de artistas desconocidos. El hombre flaco salió de Rotterdam sin comprar nada mas importante que un catálogo con notas muy estensas en el holandés mas puro.

Por la tarde, despues de haber pasado el dia recorriendo los canales sobre los puentes en una especie de tartana tirada por un par de caballos, y sobre el techo de la cual iba saltando constantemente la caja de hierro con gran disgusto del hombre gordo y del flaco y con secreta alegría del hombre á quien pertenecía la caja, los viajeros llegaron á la estacion del camino de hierro y entraron en los wagones de un tren que partia para Emerick en la frontera de Prusia. Asi fueron por el mas bajo de los Países Bajos, por entre innumerables molinos de viento, aunque no todos empleados y contruidos de un modo que pudieran ser quitados fácilmente, segun lo requieren las exigencias de la desecacion de los terrenos; pasaron por canales que no podian contarse por lo numerosos que eran; algunos anchos y profundos, otros como meros arroyos, porque en este pais los canales sirven de límites para dividir los campos. Pasaron cerca de Utrecht, ciudad importante, en otro tiempo famosa por sus tapices y sus terciopelos y por una cierta paz, por la cual han hecho mucho ruido algunos reyes, diplomáticos y escritores de libros en cuarto y que para llevarla á cabo han perecido tantos millares de valientes en los campos de batalla.

Pero antes de Utrecht, en una estacion llamada Wesel, presenciaron una estraña escena. Nuestros viajeros habian advertido el escaso número de ingleses que habian encontrado hasta entonces; lo atribuian como era natural á los pasaportes, olvidando que el ir á Colonia por Holanda está considerado en general que es una desviacion del camino; pero cuando el tren se detuvo en Wesel, una señora inglesa, con una niñera tambien inglesa y un niño que era de presumir que fuera tambien inglés, apareció en la plataforma blandiendo en el aire uno de esos billetes de cartulina que dan en las estaciones de caminos de hierro del continente, y pareció deseosa de entrar en un wagon. El guarda abrió la puerta de todos los de primera clase; pero fue tal la cantidad de humo de tabaco que salió por cada portezuela, por cada ventanilla y por cada abertura de los coches del tren, que la señora dió un paso hácia atrás viendo aquel humo sofocante, y exclamó dirigiéndose á la niñera: ¡qué! ¿hemos de ir en uno de esos horribles wagones con el niño y un humo tal? ¡no, no por cierto! Y dejaron partir el tren sin subir, y como todos los trenes en Holanda llevan tantos fumadores, la desgraciada señora, su niñera y su niño debían estar esperando en la plataforma del Wesel hasta el dia presente.

En Emerick, en la frontera de Prusia, donde el casco puntiagudo y el águila negra de los prusianos, se veía ya como una especie de adorno de cabeza, tuvieron la grande y agradable sorpresa de que no los pidieran los pasaportes. Sin embargo, sufrieron algunas molestias por la presencia casi perpetua de un prusiano bajo la forma de un nuevo guarda del ferro-carril, que muy diferente del pacífico empleado holandés, llevaba unos terribles bigotes, que aquí, allí y en todas partes, estaba tocando continuamente un cuerno y metiendo la cabeza por las ventanillas de los wagones, devorado por un deseo insensato de ver los billetes de los viajeros.

En un punto llamado Oberhausen los viajeros vieron un fraile vivo, que á decir verdad, no tenia traza de mortificarse física ni moralmente y que se estaba paseando por la esplanada con un alemán alto y con otro bajo, el uno con un sombrero muy ligero y el otro con una gorra muy pesada, ambos estaban fumando en unas pipas prodigiosas, mientras el buen fraile se reía con mucho placer por lo que decían. Poco despues de esto anocheció, y nuestros viajeros trataron de reposar, en cuya empresa salieron no muy bien, con intervalos de fumar y de charlar, hasta que á las nueve y treinta minutos de la noche, llegaron al arrabal prusorhiniano de Deutz, que habian creído que era ya Colonia.

Sobre el puente de barcas vieron reflejar las

luces en las aguas del Rhin; habian echado una mirada á este rio ya en Rotterdam, donde tenia el color amarillento, pero aquí era el Rhin en su grande y noble realidad. El hombre gordo estaba tan estasiado con la idea de permanecer sobre el Rhin hasta lo último, que despues que hubieron sido instalados cómodamente en la fonda de Colonia, y despues de haber tomado una cena suculenta regada con algunas libaciones moderadas de vino del Rhin, sintió la necesidad de dar un paseo por el puente de barcas, y se fué alegremente á pasearse por él con un cigarro en la boca, cuando súbitamente le asaltaron dos diminutos centinelas prusianos que con acento terrible y gutural cruzaron sus bayonetas para impedir que continuara en su marcha. El hombre gordo pensó al principio que habia cometido algun acto de alta traicion prusiana, hasta que el cobrador del portazgo del puente se acercó corriendo y le pidió (explicando su demanda con dos dedos que tenia pegados uno á otro) la gran cantidad de dos grosses. El hombre gordo habia dejado de satisfacer este derecho; pero cuando despues de la explicacion le hubo pagado, los centinelas separaron las bayonetas de su pecho y él se volvió á su alojamiento para meterse en la cama.

III.

DESDE COLONIA EN EL VAPOR PRÍNCIPE DE PRUSIA, POR EL RHIN Á LA CIUDAD FEDERAL DE MAGUNCIA.

He leído en la biografía de un hombre célebre, ya difunto, que es imposible llegar á ser grande en ninguna carrera de la vida sin levantarse diariamente, á lo menos durante algun tiempo, á las seis de la mañana. Este hombre célebre, no creo que haya sido el primero en decir este aforismo; el rey Salomon y el doctor Watts han sido elocuentes tratando de los males de la pereza; y en el sistema higiénico de Mr. Raspail, el levantarse temprano, tomar alcanfor y cosas saladas, son cosas indispensables para la salud. ¿Habeis oido hablar alguna vez de la gran secta de los «Paltingenistas de instinto universal» cuyo cuartel principal estaba en Leipsick, y los tres principales artículos de fe, de los cuales eran, nada de bebidas alcohólicas, nada de agua caliente y ninguna cama? Sin embargo, es estraordinariamente difícil hacer la costumbre de levantarse á las seis de la mañana, mas como quiera que sea, es la hora en general en que empieza el dia para los viajeros.

Los tres peregrinos que querian ir á Frankfurt sobre el Mein, y desde allí á algun otro punto de la Europa continental, aunque no estaba decidido cuál seria, dormían profundamente á la mañana siguiente de su llegada á Colonia. El hombre flaco, á la verdad, estaba ya dando vueltas á las cinco de la mañana, hora en que debieran haberse levantado los tres, porque el vapor del Rhin, llamado *Príncipe de Prusia* iba á partir para Maguncia á las seis y cuarto, y para ganar algun tiempo habian pasado la noche antes el puente de barcas y dormido, no en Deutz, sino en la misma ciudad de Colonia, porque el vapor partia de la orilla del Rhin por el lado de esta ciudad. El hombre flaco, cuya *toilette* se hacia siempre mas pronto que la de sus compañeros, aunque no era tan delicada, bajó al comedor, almorzó de un modo filosófico, pidió la cuenta, y desde este momento en adelante tomó este carácter, que durante el viaje le hizo llegar á ser el terror de los mozos de las fondas. Este filósofo financiero no desmayaba por ningun cambio de monedas, por complicado que fuera, ni balances, ni cambios diferenciales de thalers en florines, ni de cruzados en grosses, le detenian un instante. Tenia un tacto especial, descubria el exceso del precio, que siempre hay exceso en las cuentas de las fondas extranjeras, y en el momento mismo con una pluma infalible de metal, marcaba la rebaja en el márgen.

Era inútil disputar con él; inútil jurar poniendo por testigos á los tres reyes de Colonia de que la cuenta era exacta, porque el hombre flaco no se cuidaba de Gaspar, no respetaba á Melchor y se reía en las barbas de Baltasar. Jamás amenazaba escribir un comunicado al *Times*, ni llamar al burgo-maestre. Su pluma de metal marcaba con calma y con seguridad el exceso de la cuenta con tanta seguridad como la aguja apunta al polo, y el mas osado de los fondistas quedaba vencido por él; era en verdad un hombre terrible.

El hombre de la caja de hierro se habia levantado tambien á eso de las cinco y media, pero no para un objeto tan práctico. Esta desgraciada persona habia sido relegada por sus crueles compañeros á la alcoba peor, que era muy alta y que tenia una porcion de espejos, y frente á la cama un terrible grabado que representaba á Napoleon Bonaparte con un rostro de difunto, con unas botas imponentes y con una sombría guirnalda de laurel, deteniéndose ante una tumba en medio del resplandor de una luz sepulcral, como un gnomo ante una sepultura en una pantomima. El hombre de la caja de hierro era naturalmente supersticioso, y el efecto que le haria ver reflejarse en los espejos tantos hombres con la nariz encarnada, moviéndose entre las sábanas de sus camas, al mismo tiempo que tenia en frente de sí la aparicion napoleónica; este efecto, digo, es mas bien para imaginado que para descrito. A pesar de esto, la descripcion no seria muy difícil; pero el *Príncipe de Prusia* tenia ya su caldera preparada y no podia esperar. Durante esta noche memorable, fue cuando este hombre de nariz encarnada sintió una pulga y declaró atrevidamente que era la misma que le habia picado en la misma fonda al pasar por Colonia dos años antes.

El hombre de la caja de hierro fue despertado por una criada de pelo rojo, y hubiera debido bajar entonces al cuarto bajo; pero sin embargo, habia un obstáculo para hacerlo así, y este era una bonita muchacha alemana, con trenzas rubias, que se estaba peinando delante de una ventana en una casa de enfrente, en la misma calle que era muy estrecha. Esta jóven, que cantaba una cancion alemana, era de ojos azules y tenia un gracioso hoyo en la mejilla izquierda. El impresionable hombre de la caja de hierro, exclamó: sí, esta es la Margarita de Fausto, que está preguntando en su triste canto si habrán pasado los dias de su inocente juventud antes de que haya conocido el amor. Precisamente ahora ha deshojado una flor murmurando: me ama, no me ama hasta que la última hoja la ha dicho que era amada. Mirad, ahora vá á buscar una cajita de madera y saca de ella un collar que él la dió, sin duda alguna; ahora lee una carta que es de él, sin duda. ¡Oh doctor Fausto! ¿Cómo tienes corazon para engañar á esta criatura sencilla confiada y amable? Detente antes de que sea demasiado tarde. El hombre de la caja de hierro hubiera continuado su rapsodia, Dios sabe hasta dónde; pero en aquel momento empezaron á darle fuertes voces sus compañeros desde el cuarto bajo, llamándole con los injuriosos epítetos de dormilon y párpados de plomo, y diciéndole que si se detenía mas, perderia su puesto en el buque.

(Se continuará.)

JORGE AUGUSTO SALA.

EL FILÓSOFO Y LA HECHICERA.

CUENTO.

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL RUSO.

(CONTINUACION)

—Yo deseo saber todo lo que hay escrito; deseo ir al seminario, quiero ir, digo que quiero ir! ¿Creeis que no aprenderé? ¡Quiero saberlo todo, todo!

—¡ Oh! ¡ oh! dijo el razonador y dejó caer la cabeza sobre la mesa, porque no estaba ya en estado de sostenerla.

Los otros cosacos discutian acerca de los nobles y de la razon que habia para que hubiera una luna en el cielo.

Observando esta disposicion de su entendimiento el filósofo Tomás, vino á la conclusion de que debia aprovecharse de aquel momento para escaparse. Empezó por dirigirse al cosaco viejo que se lamentaba de no tener padre ni madre.

—Mirad, amigo mio, le dijo, cómo llorais; yo tambien soy huérfano; dejadme que me marche, hijos mios, ¿para qué me necesitais?

—Dejadle marchar, dijeron algunos de ellos; dejadle marchar, que es huérfano, dejadle ir á donde quiera.

—Dejadle ir, dijo el consolador, levantando un poco su cabeza, dejadle ir.

Y los cosacos estaban dispuestos á conducirlos mismos al campo; pero el que se habia mostrado tan investigador los detuvo:

—No, dijo, yo necesito hablar con él acerca del seminario.

Después de todo es muy dudoso que semejante huida hubiera sido posible; porque cuando el filósofo trató de levantarse de la mesa, le pareció que tenia pies de madera y creyó ver tantas puertas en la habitacion que hubiera

sido muy difícil para él escoger la verdadera.

Hacia la tarde fue cuando toda esta gente se acordó que debia continuar su jornada.

Después de haberse empaquetado en el kikitka, se entretuvieron en picar á los caballos y en cantar con toda la fuerza de sus pulmones una cancion en la que hubiera sido tan difícil comprender las palabras como la melodía. Después de haber andado casi toda la noche apartándose á cada momento del camino que ellos debian saber de memoria, bajaron al fin, por una pendiente muy rápida que conducia á un valle, y el filósofo notó que á ambos lados del camino habia vallados, detrás de los cuales se levantaban árboles pequeños y los teja-



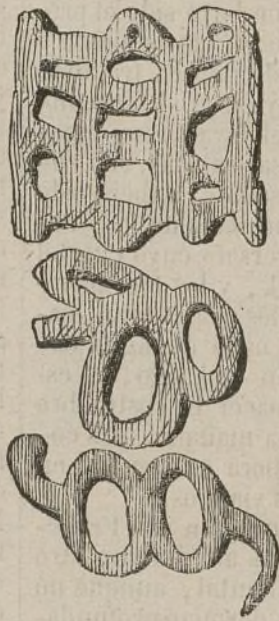
Vista del Rhin á las seis de la mañana.



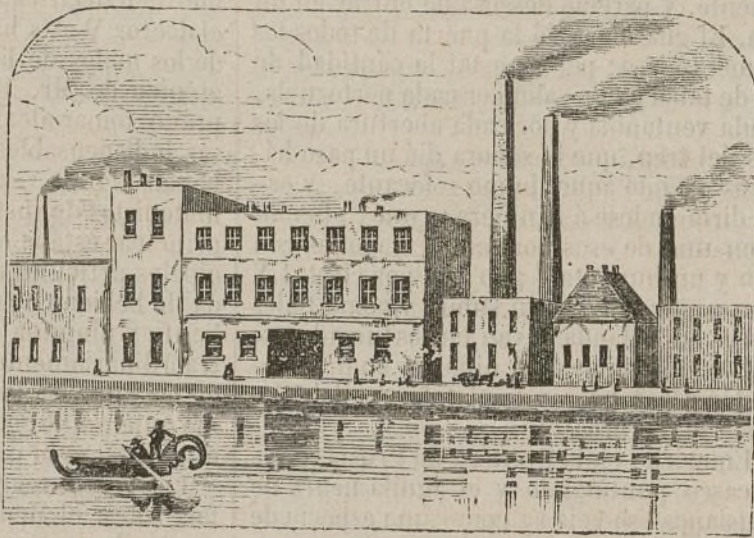
El hombre gordo perseguido por los perros de Colonia.



El capitán de «El príncipe de Prusia.»



Pan alemán de capricho.



Vista del castillo nuevo sobre el Rhin.

dos de las casas; era un pueblo grande que pertenecia al centurion. Seria á este tiempo mas de la media noche; sobre el cielo oscuro, se veian brillar de trecho en trecho algunas pequeñas estrellas y no habia luz en ninguna de las casas. Entraron en un ancho patio, formado por varios edificios unidos, acompañados de los ladridos de toda una jauría de perros; á ambos lados habia graneros y casas con los tejados cubiertos de paja; una de estas casas que estaba precisamente en frente de la entrada, era mayor que las demás y parecia la habitacion del centurion.

El kikitka se detuvo delante de una especie de granja, donde todos nuestros viajeros tomaron sus cuarteles. El filósofo, á decir verdad, tuvo la idea de examinar el exterior de la habitacion del noble caballero, pero aunque se frotó mucho los ojos, no pudo ver nada claro y se echó á dormir. Cuando se despertó, toda la casa estaba en la mayor agitacion; la hija del noble centurion habia muerto por la noche; los criados iban de aquí para allí con aire triste; algunas mujeres ancianas lloraban. Una multi-

tud de curiosos miraban por encima del vallado hacia el patio, como si allí hubiera habido algo que ver. Entonces el filósofo comenzó á examinar la localidad, como no habia podido hacerlo por la noche. La casa del centurion era un edificio pequeño y muy bajo, tal como acostumbraban á construirlos antiguamente en la Pequeña Rusia. El tejado estaba hecho de bálago; en un pequeño cobertizo alto y puntiagudo, habia una ventana redonda (que parecia un ojo, cuya ceja era muy arqueada) pintada toda de flores amarillas y azules y de medias lunas encarnadas. Este cobertizo estaba sostenido por pequeñas columnas de encina redondas hacia el medio, de forma exágona por abajo y curiosamente talladas en el capitel. Bajo este cobertizo habia una especie de átrio, con bancos á ambos lados; cobertizos semejantes con columnas de la misma clase, pero estriadas, adornaban las otras fachadas de la casa, en frente de la cual habia un gran peral lleno de hoja, y cuya copa tenia una figura piramidal. Algunas casillas que servian de graneros, estaban situadas á lo largo del patio,

formando una calle que conducia á la habitacion principal. Detrás de estas casillas, cerca de la puerta de entrada, habia dos especies de garitas de forma triangular una frente de otra, y tambien cubiertas de bálago.

Cada una de las paredes de los tres lados tenia una puerta pequeña y cubierta con diferentes pinturas. Una de ellas representaba un cosaco montado sobre un tonel, levantando por encima de su cabeza un gran cántaro, todo con esta inscripcion: «Beberé todo esto.» En otra pared se veia una botella grande, varios frascos, un caballo con las patas en el aire, una pipa y un tamboril, con esta inscripcion: «El vino es el placer del cosaco.» En la ventana redonda de uno de los edificios exteriores se veia un gran tambor y varias trompetas de metal; por último dos pequeños cañones se hallaban montados en batería cerca de la puerta. Todo esto daba á entender que al dueño de la casa le gustaba divertirse y que su habitacion resonaba frecuentemente con gritos de alegría. Del lado de afuera de la puerta habia dos molinos de viento; detrás

de la casa se extendía un vasto jardín, y por entre los árboles podían verse únicamente las chimeneas negras, quedando las casas ocultas por la verdura. El pueblo estaba construido en una llanura en medio de la pendiente de una montaña que se elevaba escarpada, precisamente detrás de la casa. Vista desde abajo parecía mas escarpada de lo que era en realidad, porque en toda su cima crecían altas retamas que se dibujaban de un modo sombrío en el firmamento azul. Los desnudos flancos de tierra arcillosa de la montaña estaban llenos de surcos que dejaban los torrentes en el invierno, lo que los daba un aspecto triste; en una de estas pendientes y como si estuviesen pegadas á ella había dos casitas, encima de las cuales se extendían las ramas de un manzano, á cuyo pie había una pequeña cerca para sostener la tierra buena. Un camino iba descendiendo oblicuamente desde la montaña al pueblo.

El filósofo se hallaba en el punto culminante del patio, y cuando se volvió á mirar al otro lado, un paisaje completamente distinto se presentó á su vista. El pueblo descendía gradualmente á la llanura, donde se extendían las praderas hasta perderse en la lejanía. Su verde brillante se oscurecía á medida que estaban mas distantes, y una multitud de pueblos se distinguían por los contornos azulados que se dibujaban á lo largo de la estepa; algunos se hallaban á 20 werstas de la casa del centurion. Una pequeña cadena de colinas limitaba esta vasta llanura, en la que el Dnieper brillaba como una faja de plata.

—¡Qué hermoso pais! se dijo á sí mismo el filósofo, sería agradable pasar aquí la vida, pescar en el rio y en los estanques y cazar con escopeta y con lazos; además creo que debe haber muchas abutardas grandes en los campos. Aparte de esto, se podían secar las frutas para venderlas en las ciudades, ó lo que es mejor aun, hacer aguardiente con ellas, porque el aguardiente de frutas es incomparable-



El general don Domingo Dulce.

mente mejor que cualquiera otro. No sería malo tampoco que yo viera si podía escaparme.

Entonces percibió detrás del vallado un sendero estrecho casi cubierto por las altas yerbas. Se acercó á él afectando indiferencia con la intencion de dar una pequeña vuelta y despues escaparse poco á poco por los campos; pero sintió una mano pesada que se dejó caer súbitamente sobre su hombro. Detrás de él se hallaba el mismo cosaco viejo que la tarde anterior había llorado tan amargamente la pérdida de sus padres.

—En vano te figuras, señor filósofo, que podreis escaparos de nuestro lado; no es costumbre nuestra el dejar escapar á nadie, y además los caminos son malos para un viajero

que va á pie. Mas vale que vengas á ver á su señoría que hace ya un rato que te espera.

—Muy bien, no tengais cuidado, vamos allá y con mucho gusto, dijo el filósofo, y siguió al cosaco.

El centurion era un hombre de edad avanzada, con bigotes grises y que tenía en su rostro una espresion de tristeza profunda. Se hallaba sentado delante de una mesa de su cuarto con la cabeza apoyada en las dos manos. Las huellas del dolor estaban impresas en sus facciones; una palidez semejante á la de un cadáver denotaba que su espíritu se había abatido y aniquilado en un momento; que toda su alegría había pasado; que toda su vida de placeres y de fiestas habían desaparecido para siempre. A la llegada de Tomás y del anciano cosaco, movió una de sus manos, é hizo un ligero movimiento con la cabeza como contestando á su saludo. Tomás y el cosaco se detuvieron respetuosamente cerca de la puerta.

—¿Quién eres y de dónde vienes, buen hombre? dijo el centurion en una voz que no era ni áspera ni afable.

—Soy un estudiante; el filósofo Tomás Bruto.

—¿Quién era tu padre?

—No sé nada acerca de ello, señor.

—¿Y tu madre?

—Tampoco lo sé; ahora conozco que he debido tener una madre; pero no tengo noticia de quién era, ni de dónde procedía, ni de cómo vivió.

El centurion quedó en silencio y pareció reflexionar algunos momentos.

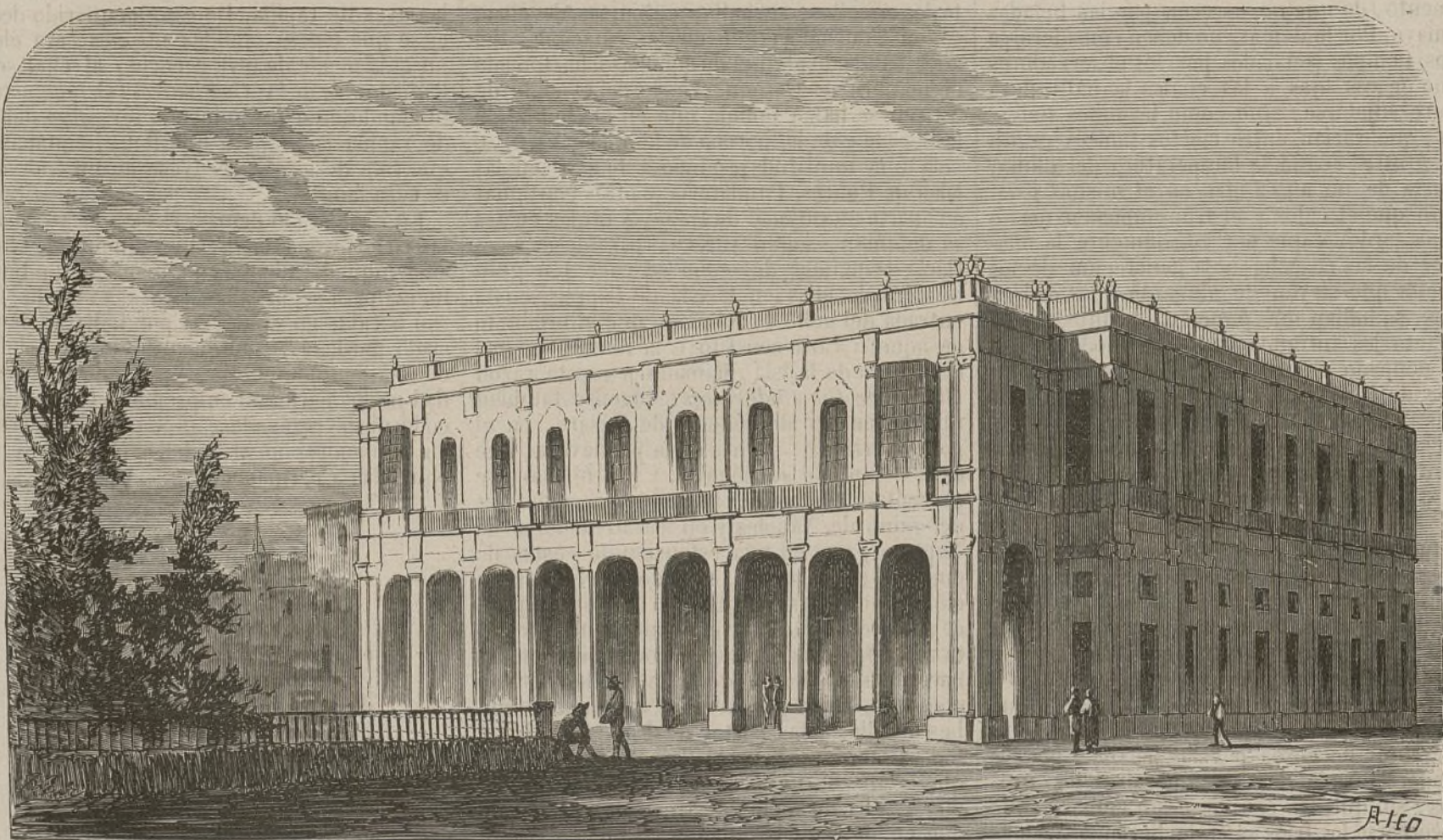
—¿Cómo hicisteis el conocimiento de mi hija?

—Yo no he hecho su conocimiento, os lo juro, señor; desde que nací no he hecho jamás conocimiento con ninguna señorita.

—¿Por qué, pues, eres tú especialmente el que ella ha elegido para recitar sus oraciones?

(Se continuará.)

NICOLAS GOGOL.



El palacio del capitán general en la Habana.

LOS VIAJES DE LAS CODORNICES.

(CONCLUSION.)

Cuando no hallan alimento en un país, nada tiene de particular que vayan á buscarlo á otro; pues esta necesidad esencial las avisa, las excita y pone en acción todas sus facultades; y dejando una tierra que ya nada produce para ellas, se elevan al aire, desde donde descubren una comarca menos desprovista, en la cual se detienen para vivir; de modo, que reuniéndose el hábito al instinto que tienen todos los animales, y sobre todo los alados, de conocer desde lejos donde pueden hallar alimento, no es extraño que resulte de ello un afecto innato, por decirlo así, y que las mismas codornices regresen todos los años á los mismos parajes; al paso que sería muy difícil suponer con Aristóteles que mudan de clima dos veces al año por un conocimiento reflexivo de las estaciones, y para hallar siempre la temperatura que mas le conviene (según hacían en otro tiempo los reyes de Persia); y mas difícil todavía el suponer con Catesby, Belon y algunos otros, que cuando cambian de clima, pasan sin detenerse en los parajes que pudieran convenirles mas acá de la línea, para buscar precisamente en los antípodas el mismo grado de latitud á que estaban acostumbradas en la otra parte del Ecuador; lo que probaría en ellas unos conocimientos ó mas bien unos errores científicos, á los cuales está mucho menos sujeto el instinto animal que la razón cultivada.

De cualquier modo que sea, cuando las codornices son libres, tienen un tiempo fijo para llegar y otro para marcharse. Según Aristóteles, abandonaban la Grecia en el mes *beodromion*, el cual comprendía el fin de agosto y el principio de setiembre: en Suecia suelen llegar en el mes de mayo, marchándose á fines de agosto; nuestros cazadores dicen que llegan á nuestro país del 10 al 12 de mayo. Aloisio Mundella dice que se las ve aparecer en los alrededores de Venecia hacia mediados de abril; Olina fija su llegada á la campiña de Roma hacia primeros de abril, mas casi todos están acordes en que se marchan á la primera helada de otoño, la cual suele alterar la calidad de las yerbas, haciendo que desaparezcan los insectos, y el que las heladas del mes de mayo no las determinen á volver hacia el Sur, corrobora la primera proposición, es decir, que no emigran por el frío, sino en busca del alimento, de que no carecen por las heladas de mayo. Por lo demás, no deben considerarse estos tiempos señalados por los observadores como épocas fijas á las cuales la naturaleza quiere sujetarse, sino como términos móviles, que varían entre ciertos límites de un país á otro, según la temperatura del clima, y hasta de un año á otro en el mismo país, según que el calor y el frío empiecen mas ó menos tarde, y que por consiguiente la madurez de las cosechas y la generación de los insectos que sirven de alimento á las codornices, se hallan mas ó menos adelantadas.

Tanto los antiguos como los modernos se han ocupado mucho del paso de las codornices y de las demás aves viajeras, atribuyéndolas unos, circunstancias mas ó menos maravillosas, mientras que otros considerando la dificultad que tiene esta pequeña ave para volar, debida á su natural pesadez, han querido dudar de ello, recurriendo para explicar la desaparición regular de las codornices en ciertas épocas del año, á suposiciones todavía mas chocantes. Debe confesarse, sin embargo, que ninguno de los antiguos había concebido esta duda, no obstante de que sabían muy bien la pesadez de las codornices, que las obliga á volar muy poco y casi mal de su grado; y que no toman el vuelo sino cuando se hallan acosadas muy de cerca por los perros ó por los cazadores. Nada de esto ignoraban los antiguos, sin que les ocurriese sin embargo que al acercarse los fríos se escondieron las codornices en agujeros para pasar allí el invierno

en estado de estupidez, según hacen los lirones, los erizos, las marmotas, los murciélagos, etc.; y sin duda quedaba reservado este absurdo á algunos modernos, quienes ignoraban probablemente que el calor interno de los animales que están sujetos al letargo, mucho menor que el de los demás cuadrúpedos, y con mayor razón en las aves, debía ser ayudado por el calor exterior del aire, y que cuando llega á faltarles este socorro, caen en el letargo y suelen morir pronto, si se hallan expuestos á un frío demasiado rigoroso.

Así, pues, nada de lo dicho es aplicable á las codornices, en las cuales generalmente se ha reconocido mas calor que en los demás animales; de suerte que ha llegado á ser proverbio en Francia, mientras que en la China se sirven de ellas para conservar el calor llevándolas vivas en las manos. Por otra parte, se han asegurado algunos por medio de largas y continuas observaciones, de que no se entorpecen aunque se las tenga durante el invierno en un aposento situado al Norte y sin fuego, conforme lo han asegurado varios testigos oculares y fidedignos. Así, pues, si las codornices no se esconden ni entorpecen durante el invierno, siendo seguro que desaparecen en aquella estación, no puede dudarse que pasan de un país á otro: lo que está probado por un sin fin de observaciones.

Hallándose Belon en otoño en una embarcación que pasaba de Rodas á Alejandría, vió unas codornices que iban de Norte á Sur, y habiendo caído muchas de ellas en manos de los marineros, encontraron que tenían en el buche granos de trigo muy enteros. En la primavera precedente, pasando el mismo observador de la isla de Zante á la Morea, había visto gran número de ellas que iban de Sur á Norte, y dice que tanto en Europa como en Asia, las codornices son generalmente aves de paso.

El comendador Godeheu las vió también constantemente pasar á Malta en el mes de mayo, aprovechándose de ciertos vientos, y viólas volver en setiembre. Varios cazadores nos han asegurado que durante las hermosas noches de primavera se las oye llegar, distinguiéndose muy bien su grito aunque se hallen á muy grande altura: añádese á esto que en ninguna parte es tan abundante la caza de estas aves como en nuestras costas que están opuestas á las de Africa ó de Asia, y en las islas que se hallan entre los dos continentes, supuesto que todas las del Archipiélago y hasta los escollos, se hallan cubiertas de ellas, según Tournefort, en ciertas estaciones del año; habiendo alguna de aquellas islas tomado el nombre de *Ortigia*. Ya desde el siglo de Varron se había notado que en el tiempo de la llegada y de la marcha de las codornices, se veía una multitud prodigiosa de ellas en las islas de Pontia, Pandataria y otras contiguas á la parte meridional de Italia, y en las cuales se detenían, según parece, para descansar. Hacia principios de otoño se coge tan gran número de ellas en la isla de Caprea, en la entrada del golfo de Nápoles, que el producto de aquella caza constituye la renta principal del obispo de la isla, llamado por esta razón *Obispo de las Codornices*: cógense también muchas en los alrededores de Pésaro, en el golfo Adriático, á fines de la primavera, que es el tiempo de su llegada; y por último, se presentan tantas en las costas occidentales del reino de Nápoles y en los alrededores de Neptuno, que en una extensión de costas de cuatro ó cinco millas, se cogen á veces hasta cien mil de ellas, las que dan á razón de quince *julios* el ciento (que equivalen á unos treinta reales), á una especie de corredores que las hacen pasar á Roma, donde no suelen ser tan comunes. En la primavera llegan también nubes de ellas á las costas de Provenza, sobre todo á las dependencias del obispo de Fejus, que están contiguas al mar; y es tal, según dicen, el cansancio que traen de la travesía, que en los primeros días se las coge á mano.

Tal vez podrá decirse que no es posible

que una ave tan pequeña, tan débil, que tiene el vuelo tan pesado y tan bajo, pueda, por mas que esté acosada del hambre, atravesar grandes extensiones de mar. Confesamos que aun cuando estas se hallen interrumpidas de cuando en cuando por varias islas donde puedan descansar las codornices, tales como Menorca, Córcega, Córdeña, Sicilia, las islas de Malta, de Rodas y todas las del Archipiélago; confesamos que á pesar de esto necesitan todavía de algun socorro: lo que no se le había pasado por alto á Aristóteles, quien llegaba á saber cuál era el que usaban mas comunmente, aunque se engañaba en cuanto al modo de ponerlo en práctica. «Cuando sopla el viento Norte, decía el filósofo, las codornices viajan fácilmente, mas si llega á sobrevenir el de Mediodía, como su efecto sea el de entorpecer y humedecer, vuelan entonces con mas dificultad, explicando la pena y el esfuerzo con los gritos que arrojan durante su vuelo.» En efecto, el viento es el que ayuda á las codornices á hacer su viaje, no precisamente el viento del Norte, sino el favorable; así como tampoco es el viento del Sur el que retarda su carrera, y sí el contrario: lo que sucede en todos los países, en donde estas aves tienen que hacer una travesía considerable por encima de los mares.

Varios marinos, á quienes hemos tenido ocasión de consultar, nos han asegurado que cuando las codornices se ven sorprendidas en su travesía por el viento contrario, se vienen sobre las embarcaciones que se hallan á su alcance, según ya lo notó Plinio, cayendo algunas veces en el mar, donde se las ve flotar y resistirse sobre las olas con una ala levantada sin duda para coger el viento, lo que ha dado margen á algunos naturalistas para decir que al marcharse se proveían de un pedacito de madera que pudiera servirles de punto de apoyo ó de almadía, sobre la cual bogando de tiempo en tiempo entre las olas, descansaban de la fatiga de bogar en el aire. No falta tampoco quien ha supuesto que lleva cada una tres piedrecitas que tragan las codornices con su alimento, según lo hacen los demás granívoros.

Por lo general se las ha supuesto una penetración, una sagacidad y un discernimiento que casi harían dudar si aquellos que las han honrado con tantas calidades han sabido usar de ellas por sí mismos. Se ha reparado que otras aves viajeras, como por ejemplo el rascón terrestre, acompañaban á las codornices, de las cuales suele caer alguna en las uñas de las aves de rapiña. De esto ha querido deducirse que tenían grandes razones para elegir un guía ó jefe de otra especie, al cual se ha llamado *Rey de las Codornices* (*Ortygometra*), fundándose en que debiendo ser presa del ave de rapiña la primera que llega, trataban de que esta desgracia recayese en un individuo de otra familia.

En cuanto á lo demás, si bien es cierto que las codornices mudan generalmente de clima, suelen quedar siempre algunas que no tienen fuerza para seguir á las demás, ya porque fueron heridas en el ala, ya por hallarse demasiado gordas, ya porque siendo procedentes de una segunda puesta, su juventud y debilidad no les permiten emprender el viaje. Estas codornices rezagadas, procuran establecerse en los mejores lugares del país donde se ven obligadas á permanecer.

EL MAL APÓSTOL.

La parda nube creciendo,
oscurece el horizonte;
y uno grave, otro gimiendo,
dos hombres van descendiendo
por las laderas del monte.

Con la mirada intranquila
y trémulo paso, advierte
el que amargo llanto vierte,
al que lo sigue, y vacila,
porque su angustia es de muerte.

A su pena otra no iguala:
profundo gemido exhala...
dice al otro:—¿y el Maestro?
Mudo el otro le señala
hacia el Gólgota siniestro.

Al fulgor de roja lumbre,
un ser que la saña inspira
de grosera muchedumbre,
con súbito espanto mira
encaminarse á su cumbre.

Abundoso curso dan
á acerbo llanto sus ojos,
y pregunta con afán:

—¿podré calmar sus enojos
con estas lágrimas, Juan?

—La culpa el llanto redime;
para el perdón nunca es tarde:
su piedad, Pedro, te anime.
El lo ha dicho—y Pedro gime
su negativa cobarde.

Y Juan que pálido ostenta
la faz juvenil y hermosa,
prosigue su marcha lenta
hacia aquella turba odiosa,
de una víctima sedienta.

Y Pedro al dolor profundo
la faz de vergüenza oculta,
se pierde en la senda inculta,
que fúnebre velo al mundo
en las tinieblas sepulta.

Con la color encendida,
la mirada amenazante,
roja melena esparcida,
la túnica desceñida,
hállase un hombre delante.

El apóstol se estremece
ante aquel hombre siniestro
que en su senda se aparece:
á su voz su espanto crece:
pregúntale—¿y el Maestro?

—¡Hélo allí!... Por mi falacia
son estas lágrimas mudas.
Yo le negué con audacia;
tú le vendes... Lloro, Judas;
que es infinita su gracia.

—¿No miras secos mis ojos?
¿no ves que al llanto no cedo?
De mi falta tengo miedo;
tengo miedo á sus enojos:
¡quiero llorar, y no puedo!

—¡Aparta, aparta! Su muerte
la ocasiona tu avaricia.

¡y ni una lágrima vierte!
¡huye!... y la eterna justicia
tenga piedad de tu suerte.

Al azar Judas se lanza:
Pedro su senda prosigue.

El mal apóstol avanza,
sin que un rayo de esperanza
su corazón muerto abrigue.

De su conciencia el punzante
dardo agudo le envenena...
Por la montaña va errante,
como acosada la hiena
cruza el bosque amenazante.

Huye de sí... apenas toca
la tierra... ¡Esperanza loca!
Su tormento no se acaba;
y vuela de roca en roca,
y el dardo así mas se clava.

Por donde quiera su oído
hiere, sigue y atormenta
de un beso alevé el sonido,
y el metálico ruido
del precio vil de su venta.

Párase un hombre delante
de Judas con calma impía:
hiela de horror su alegría,
su cinismo repugnante,
su satánica ironía.

—Mira, esclama en el suplicio
el Nazareno sucumbe.

Hoy te debo un beneficio;
tú me libras de un suplicio:
si has hecho mal, no me incumbe.

—¿Quién eres tú? ¿dónde vas?
¿por qué mi tormento acreces?

—¿Quién soy, dices? Barrabás.
¿Dónde voy? Como otras veces,

á ser bandido de hoy mas.

Y el sanguinario bandido
del monte cruza el repecho;
y exánime en su despecho
queda el traidor... ¡Ni un gemido
puede exhalar de su pecho!

Entre el fragor misterioso
del mundo que se conmueve,
á lo lejos el odioso
concurso lento se mueve
por el sendero escabroso.

Y en tanto á Judas, infausto
asedia el remordimiento.
En el Gólgota sangriento
del terrífico holocausto
se aproxima el cumplimiento.

La alta pena se derrumba,
y en los senos del Calvario
el finado abre su tumba,
y el fiero nudo que zumba
le agita el blanco sudario.

¡Con el Mártir ya se mira
la cruz inhiesta!... y se espanta
la plebe y terror se inspira.

¡Ya su espíritu levanta
el Hijo al Padre, y espira!

Del apóstol en la altura
se ve la negra figura
sobre el celaje encendido...
El rayo á sus pies fulgura;
pero en tanto... ¡ni un gemido!

Mas de repente concibe
un pensamiento infernal:
á vieja encina apercibe
su misma diestra el dogal
que de existencia le prive.

En el espacio se mece
su cuerpo, y ya en la agonía
su furia incesante acrece.
¡Ni una lágrima humedece
su pálida faz sombría!

Así su postrer aliento
convulso y furente exhala
al feroz remordimiento.
Su delito á otro no iguala,
ni á otro iguala su tormento.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

CONOCIMIENTOS INDUSTRIALES.

APLICACION DE LA FOTOGRAFÍA Á LA COPIA DE PLANOS.

Cuando un haz de rayos luminosos, reflejados por un objeto cualquiera, penetra, al través de un pequeño agujero, en un espacio cerrado y oscuro, dicho objeto se representa con la mayor exactitud, aunque invertido, en la superficie opuesta al agujero indicado.

Este fenómeno, que todos pueden haber observado, semejante al que se verifica en los aparatos con que la naturaleza ha dotado á la casi totalidad de los seres, los ojos, fijó desde muy atrás la atención de los físicos; é introducidas algunas modificaciones en la manera de recibir la luz, dió origen á la *cámara oscura*.

Los químicos por su parte habían observado también desde hace mucho tiempo, que ciertas sustancias se alteran en mayor ó menor grado por la influencia de la luz, tanto mas y mas pronto, cuanto esta era mas intensa, y despues de mil tentativas, la combinacion de este conocimiento y del que indicamos antes, produjo ese procedimiento maravilloso que ha recibido el nombre de *fotografía*.

Las aplicaciones de la fotografía son inmensas, y llevan camino de no detenerse en su carrera. Hoy día los artistas han perdido una gran parte de su importancia, en cuanto tiene relacion con copiar la naturaleza, pues nadie puede aspirar á representarla copiada mas pronto ni con mas exactitud que la naturaleza misma.

Entre las infinitas aplicaciones de la fotografía, una de ellas, y no la de menos importancia, es la de copiar los trabajos geométricos, bien en la misma escala, ó bien ampliándolos ó reduciéndolos en una relacion dada.

El principio fundamental en que se apoya esta aplicacion es que «la magnitud del objeto que se quiere copiar, es á su representacion, en la cámara, como la distancia de este objeto al lente de la cámara oscura, en que se ha de verificar la copia, es á la distancia focal del mismo.» Esto en cuanto á la reduccion.

La ampliacion de los objetos está fundada en la teoría de la linterna mágica, inventada por Kirker, y que es conocida de todos.

En Inglaterra el cuerpo de artillería está encargado de la copia y reduccion de planos del catastro, y como la representacion de los objetos en la cámara es perspectiva, y no geométrica, ha empezado por modificar los aparatos para hacer que desaparezca la diferencia.

Notables son por todos conceptos los trabajos presentados por este cuerpo distinguido, y mas aun la economía de tiempo y de dinero que resulta de hacer las operaciones por este método, en lugar de los que antes se empleaban. Baste decir que desde diciembre de 1857 á noviembre de 1858, ambos inclusive, el número de planos reducidos de 25,344 pulgadas á 6 pulgadas, ascendió á 3,028, siendo el coste de cada uno 3 chelines, 11 dineros, empleando seis horas, al paso que por el pautógrafo hubieran costado á 12 chelines y se hubieran empleado al menos tres días.

El número de reducciones de todas especies, verificado en el mismo período, ascendió á 53,078, costando 12,173 libras esterlinas, cuando con el pautógrafo hubieran costado 44,126, resultando por consecuencia una economía de 31,953 libras, ó sean 3.035,535 reales vellon.

REVISTA ESTRANJERA.

Por la via telegráfica de Londres se conoce la respuesta dada por lord J. Russell á lord Streattham en la Cámara alta inglesa, justificando el general deseo de que la guerra de América termine, pero que hasta ahora nada puede hacerse para obtener tan apetecido objeto. Tres medios existen, dijo, para que los Estados neutrales intervengan en los asuntos interiores de los demás países: primero, ofreciendo sus consejos ó mediacion; segundo, por el reconocimiento; y tercero, interviniendo militarmente.

La mediacion de Francia ha sido desechada, y por consiguiente ya ese medio no puede considerarse eficaz para poner término á la lucha.

En cuanto al reconocimiento de los Estados confederados, si bien en otra época Inglaterra hubo de reconocer las repúblicas americanas del Sur, aplazó sin embargo el verificarlo respecto de los Estados ocupados por los españoles, limitándose á reconocer aquellos que habían establecido su independencia. Continuando la guerra entre el Norte y los Estados confederados con la mayor energía, Inglaterra debe aplazar el reconocimiento del Sur, y seguirá guardando neutralidad.

De la Habana escriben diciendo que se esperaba tuviesen lugar algunas recepciones en el palacio del capitán general dadas por el nuevo capital general don Domingo Dulce.

Varios periódicos alemanes, refiriéndose á correspondencias de la capital del vecino imperio, anuncian el proyecto de un viaje á San Petersburgo, que realizará el baron de Budberg, embajador de Rusia en París. *La Patrie*, sin embargo, califica de infundada esta noticia.

Anuncian de Belgrado hallarse á punto de concluir los trabajos de la comision militar europea encargada de señalar los límites del radio de la ciudadela. Con arreglo á las estipulaciones del protocolo de Constantinopla, solo se prolongará el glasis por la parte de la ciudad otomana. La comision, sin embargo, ha juzgado equitativo, en vista de las locali-



La sagrada Cena.

dades, rectificar en beneficio de los servicios la línea indicada por la conferencia.

Es indudable, añade con este motivo el corresponsal de *La Patrie*, que si todas las cuestiones se hubiesen examinado en Belgrado en vez de ser en Constantinopla, hubieran sido mas fácil y completamente resueltas.

Segun las correspondencias de Oriente, se disfruta en Siria de completa tranquilidad, con cuyo beneficio ha recobrado el comercio su actividad en aquel territorio.

La caja de indemnización establecida en favor de las víctimas de la última guerra del Líbano, había cesado de funcionar, pero renovaría sus pagos.

El gobierno de la provincia del Haurán ha prohibido á sus habitantes que paguen á las hordas de beduinos el tributo que exigian de aquellos pueblos; y á fin de poner término á semejante opresión, organizábase una defensa comun de los mismos habitantes y de las tropas.

Los drusos del Haurán, los mas rebeldes á satisfacer las contribuciones, empezaban á someterse. Sus actos de hostilidad á la población del Líbano no se han reproducido hace mucho tiempo.

ACTUALIDADES.

Hoy por la tarde saldrán SS. MM. y real familia á rezar las estaciones, visitando las iglesias siguientes: Santa María, Monjas del Sacramento, San Justo, Santiago, Santo Domingo, Encarnación y Real Capilla. La carrera que seguirán las reales personas y su servidumbre, será desde Palacio por la Plaza de la Armería, calles Mayor, del Sacramento, Latoneros, Toledo, Plaza Mayor, Ciudad-Rodrigo, Platerías, Santiago, Lepanto, Oriente, Felipe V, Santo Domingo, Biblioteca, San Quintín y Bailén.

La noticia dada por el Norte de París de estarse convirtiendo en moneda española el metálico procedente de la indemnización marroquí, y grandes cantidades de moneda de plata francesa, es exacta. En la casa de moneda de Madrid únicamente se están convirtiendo en piezas de cinco duros los 800,000 reales en oro marroquí, llegados últimamente de Africa, y en medios duros y pesetas hasta 12.000,000 de monedas francesas de cinco francos. Ya el año último se convirtieron en moneda española otras francesas hasta la cantidad de 30.000,000 de reales.

Próximamente aparecerá la revista política de que ya se ha hablado, escrita por hombres de los mas notables de todos los partidos políticos. Se llamará *La Concordia*, y será redactada por los señores Pacheco, Rios Rosas, Aparisi y Guijarro, Catalina y Puente de Apecechea, que figurará como director.

Algunas correspondencias de Londres anuncian con fecha 23, que el gobierno británico ha dispuesto llevar á cabo una serie de experimentos, encaminados á juzgar los dos sistemas de construcción de buques acorazados, que han sido discutidos en el Parlamento inglés. Los buques señalados por el almirantazgo para dichos experimentos, son: el navío acorazado *Héctor*, construido con arreglo al nuevo sistema, en el cual domina el hierro, y el *Royal-Oak*, navío de madera, al cual se ha adaptado una cubierta acorazada, segun la teoría que los ministros desean hacer en la actualidad.

La construcción de los cinco navíos acorazados, que ha sido votada por el Parlamento, no se llevará á cabo hasta que se tenga á la

vista el éxito de los indicados ensayos, pero en los experimentos recientes de Shaeburness las bombas atravesaron la plancha de hierro é incendiaron la madera, representando una sección del casco del buque, á que estaba adherida; y sir J. Pakington preguntó al gobierno si en vista de esto seguiría aun construyendo buques de madera para armarlos después con la coraza.

Parece que el señor Prendergast, que hace pocos dias ha hecho renuncia de un alto puesto en el ministerio de Estado, maestro de ceremonias de la asamblea de las órdenes, abandonando las pompas y vanidades del mundo, ha entrado en una de las congregaciones religiosas de nuestro país. Creemos que se ha retirado á los filipenses, después de ceder su jubilación en beneficio de su familia.

Háblase de otras personas muy distinguidas que piensan tomar parecidas y plausibles resoluciones.

El SEMANARIO POPULAR, atendido el vasto círculo de sus lectores en todas las provincias de España, podrá prestar un gran servicio á estas provincias, ocupándose de sus intereses morales y materiales, de su porvenir y de sus actuales necesidades, inaugurando cuanto antes una serie de estudios sobre muchos intereses de las provincias. Tomando por punto de partida nuestras fronteras por el litoral del Mediterráneo será la provincia de Gerona, la que ocupará desde luego nuestra atención, fijando la de nuestros lectores en la importancia del puerto de Rosas, la riqueza agrícola y comercial de Figueras, y otras cuestiones económicas de gran trascendencia.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.